

ACTO I

#19: BORRAJAS³

Vuelve ARA a casa. Entra en la cocina.

MADRE.— Entra. Siéntate. Estamos limpiando borraja.

ABUELA.— Ven aquí, que se está más caliente.

ARA.— ¿Cómo estás, abuela?

MADRE.— Vienes helada.

Silencio.

MADRE.— Ponte tú también, que mira cuánta tenemos.

ARA.— ¿Y para qué queremos tanta?

ABUELA.— Porque hay que llevarla al *resopón*⁴ de la noche. Entre el bingo y el baile. Así que venga, que tu madre se pone nerviosa.

MADRE.— Toma un cuchillo.

³ Verdura habitual en el clima mediterráneo, muy consumida en la zona del valle del Ebro: Navarra, La Rioja y Aragón. Consumirla cocida en una fiesta nocturna no es lo más habitual, pero ellas sabrán.

⁴ Segunda cena que se hace de madrugada, en el descanso del baile, para reponer fuerzas.

ABUELA.— Ese no, que se va a cortar. Toma el mío.

MADRE.— ¿Recuerdas cómo se hace?

ARA.— Sí.

Silencio.

MADRE.— Los hilos los echas aquí.

ABUELA.— Digo yo, no los va a echar al suelo.

Silencio.

MADRE.— Y cómo que has venido.

ARA.— Tengo que firmar una cosa.

MADRE.— A firmar una cosa.

ARA.— Y a veros. Tenía ganas de veros.

La ABUELA se cansa y deja el cuchillo.

ABUELA.— Hala, ya no corto más. Si luego no come nadie.

MADRE.— Aquí ya nos ves, como siempre.

ABUELA.— Bueno, como siempre. ¡Que hay fiestas, niña!

ARA.— Ya.

ABUELA.— Yo tengo muchas ganas. Pone en el programa que habrá bingo.

MADRE.— Veinte años hacía que no teníamos fiestas.

ABUELA.— ¡Veinte años hace que se escapó el cura!

ARA.— Este cuchillo no corta bien.

ABUELA.— Es el cuchillo maricón. /

MADRE.— /¡Madre! /

ABUELA.— /Oye, ¿te acuerdas de Julián?

ARA.— ¿Qué Julián?

ABUELA.— Tu novio del instituto. No sé por qué me viene a la mente ahora con lo del cuchillo...

MADRE.— (A Ara.) No le hagas caso. Es que están un poco duras. Te he dado el mejor que tenía.

Silencio.

MADRE.— Ayer fui a abrir el buzón de la propaganda y resulta que la vecina mete ahí los porros para venderlos.

ARA.— ¿Vende porros?

ABUELA.— ¡A ver!, se tendrá que ganar la vida. Tampoco hay mucha cosa por aquí...

MADRE.— Pero huele todo el portal.

Silencio.

ABUELA.— Estamos a ver si ponemos ascensor.

ARA.— Pero de eso ya hace años, ¿no?

MADRE.— Ahora parece que van en serio. Dan subvención.

ABUELA.— Bueno, eso... Ya veremos.

MADRE.— El gordo no quiere pagar.

ARA.— ¿Manolo?

ABUELA.— Porque no cabe.

MADRE.— Madre, no diga eso, que sí que cabe.

ABUELA.— A mí me parece bien, el que no cabe no paga.

Silencio.

MADRE.— Hacía mucho que no te veíamos.

ARA.— No vine en Navidad.

MADRE.— No, no viniste en Navidad.

ABUELA.— Haría frío.

MADRE.— Ni para los cumpleaños.

ABUELA.— Y a mí me quedan pocos ya.

MADRE.— Ay, no diga eso.

ABUELA.— Lo que queráis...

ARA.— Lo siento.

ABUELA.— Bueno, pero has venido a fiestas, que eso es lo importante.

Silencio.

MADRE.— Ojo, no se te cuele ninguna flor, que amargan.

ABUELA.— Sí, cuidado con las flores...

MADRE.— ¿Y qué tienes que firmar?

ARA.— Una cosa del censo.

MADRE.— ¿Una cosa del censo?

ABUELA.— Tengo yo ilusión con que haya bingo, fíjate. Es lo que más he echado de menos... ¡Más que el baile! De joven me gustaba mucho el bingo... A ver si me dejan a mí subir al escenario y decir los números.

MADRE.— ¿Y por allí bien?

ARA.— Sí.

MADRE.— ¿Comes?

ARA.— Sí.

MADRE.— ¿Allí no hace frío?

ARA.— No tanto.

MADRE.— ¡Estás echando todas las flores! Luego el amargor me dura días.

ABUELA.— Y ya lo que le falta...

ARA.— Que sí.

MADRE.— ¿Ya se te ha olvidado?

ABUELA.— El bingo lo cantan siempre los quintos, este año no sé cómo lo harán. El año que yo fui quinta no me dejaron cantarlo porque me casé, pero me hubiera gustado. Luego, si lo haces bien, te aplauden.

Silencio.

MADRE.— Las gemelas de abajo se han puesto gordas. Las dos.

ARA.— ¿Patricia y Lorena?

MADRE.— Como jamones tienen las pantorrillas.

ABUELA.— Esas tampoco se suben al ascensor.

ARA.— ¿Y qué han hecho?

ABUELA.— Comer.

MADRE.— Se sacaron una oposición del ayuntamiento cada una.

ARA.— Están contentas, pues.

MADRE.— Su madre sí. Con ellas no hablo.

ABUELA.— El último año dijo los números el hijo del alcalde, que era rico, pero tonto perdido.

Silencio.

MADRE.— No te cunde nada, ¿eh?

ARA.— Ya no limpio muchas borrajas.

MADRE.— Pues son buenísimas, y ahora hay un montón. ¿Allí no hay, o qué?

ARA.— No. No hay.

ABUELA.— Lo acabaron tirando al pilón, porque se equivocaba todo el rato con los números, y eso que es fácil...

Silencio.

MADRE.— ¿Te quedas muchos días?

ARA.— No lo sé.

MADRE.— ¿Y cuándo lo vas a saber?

ABUELA.— Quédate hasta el bingo, hija. Y así me ves cómo digo los números... Si ves que nadie me aplaude, empiezas tú.

MADRE.— Te saco mantas, pues. Que, aquí, hasta en agosto hace frío.